

Un niño que decidió ser cirujano

Vicente Guarner

El doctor Vicente Guarner visita de nuevo las páginas de nuestra revista, en esta ocasión con el primer capítulo de su libro El empleo del tiempo que aparecerá próximamente bajo el sello del Fondo de Cultura Económica. En este texto recuerda sus primeros encuentros con la cirugía que, para el adolescente Guarner, se convertiría en una práctica sorprendente y seductora.

En mi tiempo, cuando se estaba por finalizar el tercer año de secundaria, y antes de entrar en los estudios de preparatoria, era necesario pronunciarse por una carrera de ciencias o de letras. La primera rama de la división se conocía como: Bachillerato de Ciencias Biológicas. Por supuesto que obligar a un adolescente, de quince años, a tomar una determinación así, resultaba prematuro y muy poco sensato. Cuando el director de la escuela donde yo estudiaba, la Academia Hispano Mexicana en el paseo de la Reforma frente a la estatua de Cristóbal Colón, en la Ciudad de México, me llamó a su despacho y me preguntó qué deseaba ser, le manifesté que, de momento, lo ignoraba y cuando, con insistencia buscó el camino de qué asignaturas eran las que más me gustaban, le dije que la biología y aquello que Hesíodo, en su *Teogonía*, le hace decir a Pitágoras en el momento en que le pregunta si es sabio, vidente o pensador, éste contesta: “sólo sé de mi amor por Sofía”. Mi amor por Sofía fue despertado por mi profesor de filosofía en la Academia Hispano Mexicana, Eugenio Imaz Echeverría, quien llegó de refugiado con la inmigración española,

en agosto de 1939, en compañía de su esposa Hilde y sus dos hijos. Imaz contaba al llegar treinta y nueve años de edad cuando fue mi maestro, en 1945, estaba en plena traducción, para el Fondo de Cultura Económica, de las obras completas de Wilhelm Dilthey. Además, era editor de una de las revistas más representativas de las letras españolas del exilio *La España peregrina* que fundara José Bergamín y que más adelante, el décimo número daría nacimiento a lo que hoy llamamos *Cuadernos Americanos* fundados por don Jesús Silva Herzog.

Mi profesor de filosofía disponía, para exponer su clase, de una forma muy particular de llevarla a efecto. Caminaba sin cesar por el aula, con varios pedazos de tiza en la mano. La clase, a las ocho de la mañana, venía a ser un continuo diálogo con los alumnos y nos interrogaba, curiosamente, lanzando fragmentos de tiza para señalarnos. No lo sentíamos como agresión sino como parte genuina de la clase, del diálogo y de su personalidad. En un momento dado, se dirigía a la pizarra, escribía una palabra o una frase y continuaba su exposición. No lo olvido. Conservo su imagen en mi memo-



Sanguíneos, Calendario de Estrasburgo, ca. 1500



Flemáticos, Calendario de Estrasburgo, ca. 1500

Entonces me hizo una pregunta muy pragmática: ¿Si te gusta la biología, por qué no te haces médico? Mi respuesta fue rotunda, no.

ria, con sus corbatas de lana y sus trajes *sport*, ya algo gastados, pero muy personales. En ese entonces debe haber contado unos cuarenta y cinco años de edad, nació en 1900, y su pensamiento era extraordinariamente rápido, claro y vivo. Por más abigarrada que fuese nuestra contestación a sus preguntas, siempre le sacaba jugo a la respuesta y la aprovechaba para hacer variaciones acerca de la misma, pero sin salirse del tema. No sé cómo lo lograba, por más que conservaba indefectible la idea y el asunto a tratar. La autenticidad era su gracia. Vivía en alerta constante y era: “Un despertador de conciencias” como dice Alfonso Reyes en el prólogo del libro homenaje que publicó, tras su voluntaria muerte, el Fondo de Cultura Económica bajo el título *Luz en la caverna*.

Eugenio Imaz Echeverría estuvo a punto, sin pretenderlo ni mucho menos, de llevarme por el camino de la filosofía. Desde que le conocí y lo contemplé incursionar por ella, su permanente presencia en mi subconsciente me ha llevado, quizás involuntariamente, por un misterioso sendero que me impulsó a cumplir una deuda indeleble que guardo hacia él. Mi persona no sabía, en definitiva, en ese entonces, por cuál carrer a inclinarse: la filosofía o la biología. El director habló con mi padre y éste último, a su vez, me dijo que de estudiar filosofía tendría que vivir de impartir clases, de escribir o traducir libros, oficio muy mal pagado y que, por la otra parte, como biólogo mi *modus vivendi* resultaría muy parecido al anterior. Entonces me hizo una pregunta muy pragmática: ¿Si te gusta la biología, por

qué no te haces médico? Mi respuesta fue rotunda, no. “Me repugna todo lo cruento, lo que se acompaña de derramamiento de sangre”. Mi padre, que era muy intelectual aunque poco práctico en el universo de lo material, si lo resultó en esa ocasión y respondió que la medicina poseía un sinnúmero de salidas que tenían poco o nada que ver con la sangre, como el laboratorio de análisis clínicos, la medicina interna, la psiquiatría, etcétera y, a mayor abundamiento, le habló a un amigo suyo que era cirujano, el doctor Joaquín D’Harcourt, y le pidió que me llevase a una operación para que valoraran hasta qué punto, por mis genes avicénicos, podía yo tolerar el lado cruento de la medicina.

D’Harcourt, como mi padre, era un hombre que en ese entonces no habría cumplido los cincuenta años y ambos habían vivido ya una vida intensa. El cirujano se había formado con el famoso profesor de traumatología de la Universidad de Madrid, Don Manuel Bastos, pero había adquirido gran experiencia en cirugía general en la Guerra Civil Española operando un enfermo tras otro en quirófanos improvisados en vagones de ferrocarril. Todavía conservo fotografías de D’Harcourt interviniendo quirúrgicamente a un herido y del tren hospital, en el frente de Aragón, rodeado de nieve. En otras páginas de este libro hago alusión a cómo las contiendas han contribuido al progreso de la cirugía. Quizá, si me apuran mucho, es para lo único que han servido. Lo primero que hizo el exilio español fue construir escuelas y crear tres sanatorios. Ello se llevó a efecto me-

diente el dinero de la República Española y el proveniente de la venta de las joyas del difamado barco El Vita. Con autorización del gobierno de México y mediante esos bienes se fundó la JARE (Junta de auxilio a republicanos españoles) y antes, en París, el SERE (Servicio de evacuación de republicanos españoles).

La primera institución hospitalaria fue la clínica Barsky, así designada en gratitud al cirujano norteamericano Edward Barsky, ubicada en la calle Mier y Pesado. Durante la Guerra Civil Española Barsky fundó lo que se llamó The American Medical Unit, con cuatro médicos y ocho enfermeras de su misma nacionalidad. En 1947, Edward Barsky fue calificado en los Estados Unidos de perverso y comprometido comunista y condenado varios años a prisión.

La segunda institución, la Benéfica Hispana, vio la luz el 2 de enero de 1942 y la tercera, la Médico Farmacéutica, abrió sus puertas en la calle de Guadalquivir.

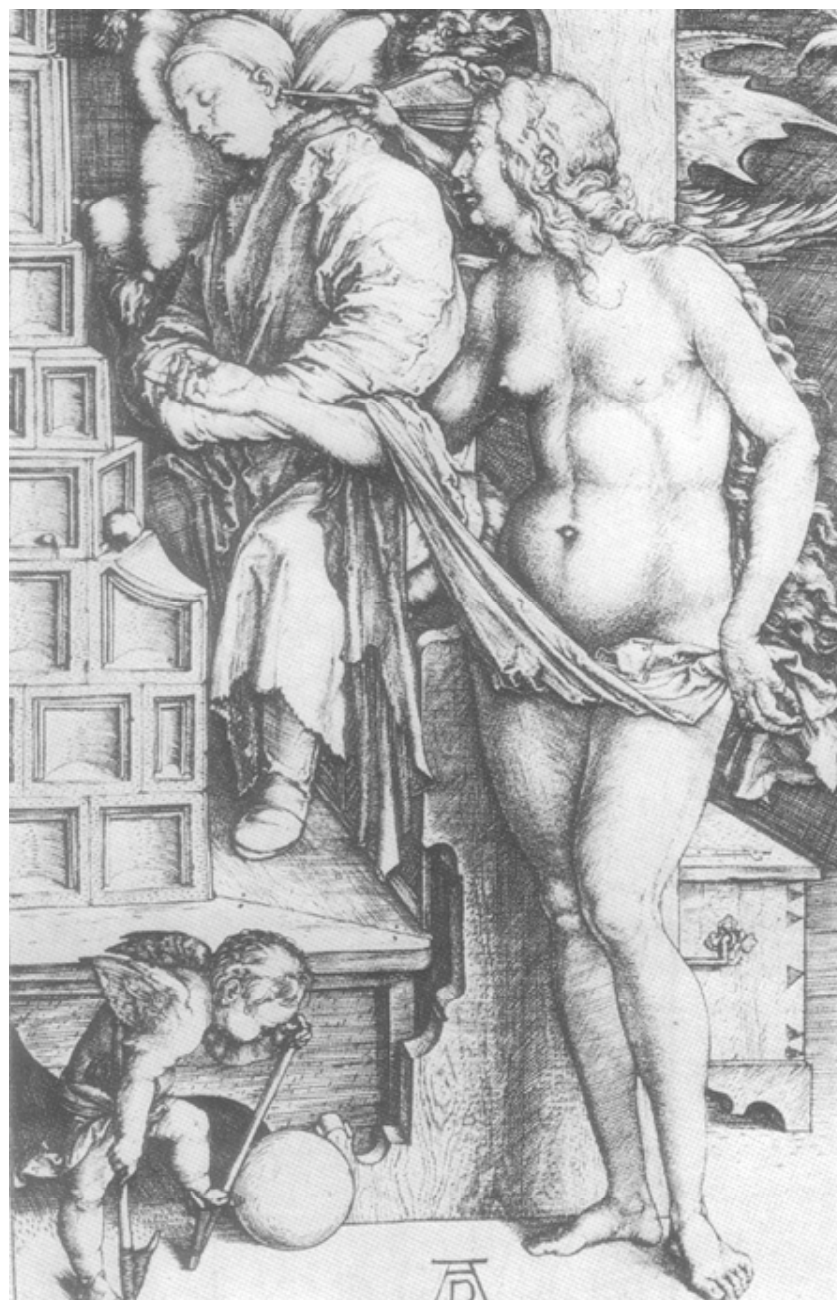
La cita con el doctor D'Harcourt se llevó a efecto en la clínica Benéfica Hispana, que atendía a la mayoría de los refugiados españoles, ubicada en las calles de Marsella. La verdad es que no me desmayé, en aquel primer encuentro, sino que el singular espectáculo despertó no sólo mi curiosidad sino mi pasión; a tal punto que, durante los meses que me faltaban del tercer año de secundaria y los dos de preparatoria, acudí puntualmente, tres días a la semana, por las tardes, a partir de las diecinueve horas —esa era la hora en que D'Harcourt operaba— a Marsella 58. Al ingresar en el primer año de medicina, había asistido ya a más de trescientas intervenciones quirúrgicas. Al principio sólo observaba, después me enseñaron a lavarme, a cumplir los principios de la asepsia, el nombre de algunos instrumentos y entraba a jalar los separadores.

Las operaciones en aquel Sanatorio de la Benéfica Hispana eran todo un espectáculo, pero para mi mente de adolescente con quince años constituían un hecho sorprendente y seductor que llegué pronto a contemplar como algo natural.

El cirujano empleaba más de media hora en cepillarse antes de entrar en el quirófano. Yo le acompañaba en tan solemne acto y lo aprovechaba para establecer con el protagonista largas conversaciones acerca de mil temas; porque resultaba, además, singularmente ameno charlar con él. Era un hombre inteligente y culto y mi joven persona vivía, en aquellos tiempos, una curiosidad insaciable. Me impresionaba que, después de lavarse, sumergía las manos y los antebrazos en diferentes soluciones cuyo aroma lo impregnaba todo. He guardado siempre conmigo la atmósfera de aquella sala de operaciones: todo olía a una mezcla de jabón, yodo, alcohol, éter, aventura y romanticismo.

La anestesióloga, que en este caso era una enfermera, algo excedida de peso, por cierto, pero de muy finas

facciones y joven, le picaba al paciente una vena por la que le hacía pasar un barbitúrico que se llamaba Pentotal y acto seguido le colocaba una mascarilla por la que goteara el éter, procedente de una pequeña lata. Con los años he sabido, a través de mis libros antiguos, que la citada mascarilla llevaba el nombre del cirujano que la introdujera hacia los años veinte, el profesor Ombrédanne de la Facultad de Medicina de París. No se disponía de un control de la cantidad de anestésico administrado, ni mucho menos de la oxigenación del paciente: todo se hacía a ojo de buen cubero, por lo que el enfermo caía, frecuentemente, en mitad de la operación, en paro respiratorio. En el instante en que el paciente dejaba de respirar, la enfermera exclamaba: ¡Paro! Y el operador que se encontraba, como es de suponer, en pleno procedimiento quirúrgico, lo interrumpía y rápidamente procedía, mediante su antebrazo, a darle masaje al enfermo en la cara anterior del tórax, en tanto la anestesióloga le aplicaba una nueva mascarilla de oxígeno. Con ello dis-



Albrecht Dürer, *El sueño del doctor*, 1497-1498



Coléricos, Calendario de Estrasburgo, ca. 1500



Melancólicos, Calendario de Estrasburgo, ca. 1500

minuía la concentración del éter y el paciente comenzaba a moverse y a despertar, hecho que iba seguido de otra dosis de analgésico. Todo este accidentado proceso no causaba, aparentemente, la menor turbación en el cirujano, quien proseguía la operación como si nada hubiese acontecido y la llegaba incluso a acompañar de cantos modulados por debajo del cubre boca en los que alcanzaba, a veces, a reconocer estribillos de *La verbena de la paloma* como:

Y una morena y una rubia hijas del pueblo de Madrid...

O, en momentos de mayor inspiración:

Yo me subí a un pino verde, por ver si te divisaba, por ver si te divisaba...

Debo confesar que el espectáculo no sólo me horrorizó sino que me fascinó. A los quince años de edad y a partir de aquel encuentro en la clínica de las calles de Marsella, mi mayor aspiración en la vida era ser un cirujano como Joaquín D'Harcourt.

Era don Joaquín, repito, un hombre con gran carisma, como se dice ahora, seductor, simpático, poseedor de una gran cultura médica, histórica, literaria y de una enorme curiosidad por todo su entorno. A dos años de haber llegado a México, estaba no sólo perfectamente enterado de la política nacional sino que se conocía todos los equipos de la liga mexicana de béisbol, los nombres de los futbolistas titulares del Necaxa y lo mismo hablaba, con conocimiento de causa, de Horacio Casarín y del "pulques" León que de Silverio Pérez, de Vicente Lombardo Toledano o del general Enríquez.

Practicaba dos o tres operaciones cada tarde. Apéndicectomías, hernias, reducción de fracturas expues-

tas, también histerectomías y hasta alguna trepanación descompresora. Entre operación y operación desaparecía, misteriosamente, por unos instantes y regresaba jadeante y rubicundo junto con la anesthesióloga, también jadeante y rubicunda. Yo los miraba y me decía a mí mismo: definitivamente, yo quiero ser como Joaquín D'Harcourt.

Poco a poco fueron llegando más jóvenes a presenciar las intervenciones de la Benéfica Hispana; muchos eran ya estudiantes de medicina, como Santiago Genovés y Emilio Folch y todos se abandonaban a aquel espectáculo que venía a ser el mismo que describían muchas novelas de ese tiempo: *Cuerpos y almas* de Maxence Van der Meersch o *La ciudadela* de Cronin o la del italiano Andrea Majocchi. Por más que aquella cirugía vespertina, casi heroica, de las calles de Marsella ayudó y resolvió en su momento los problemas de salud de un sinnúmero de inmigrantes españoles, si hoy, empero, me planteasen la interrogante —como lo han hecho varios amigos— de que si volviese a nacer volvería a ser cirujano, estoy casi seguro que mi respuesta sería negativa. Y no es porque no me sienta complacido con mi carrera de profesional, de la que estoy orgulloso y gracias a la cual he recibido grandes satisfacciones —tanto en México, mi país, como en el extranjero— la razón reside en que el camino que lleva a la medicina es técnico y frío y la imagen del médico en nuestros días dista mucho de aquel mundo de romanticismo que la abrigaba ayer y que despertó mi vocación cuando contaba apenas quince años de edad. Yo hubiese ambicionado —y todavía hoy no ceso de soñar con ello— pasarme los días, las noches y las auroras y los atardeceres en un vagón de ferrocarril, rodeado de hielo y de nieve, del mismo color de mi bata, operando sin cesar y sin sentir el tiempo. **U**